

después de haber levantado las cortinas para que el sol de invierno entrase, cuando tuvo la emoción de oír hablar al señor Jerónimo. Hacía un momento que vuelto el rostro hacia una ventana miraba al lejano horizonte con sus grandes ojos claros. No dijo primero más que esto:

—El señor Lucas.

Susana, que había oído distintamente, quedó un momento sorprendida. ¿Por qué el señor Lucas? Nunca el señor Jerónimo había tenido trato con él, hasta debía ignorar su existencia, á no ser que hubiera en efecto tenido conciencia de todo, y esto Susana hasta entonces no hacía más que sospecharlo y temerlo. Pero aquella frase era una prueba.

—¿Es el señor Lucas lo que usted dice, abuelo?

—Sí, sí, el señor Lucas.,

Cada vez lo decía más claro, con más energía, fijos en ella los ardientes ojos.

—¿Y por qué me habla usted del señor Lucas? ¿Es que le conoce, tiene usted algo que decirme de él?

Entonces vaciló él, sin duda porque no encontraba las palabras; después volvió á repetir el nombre de Lucas con impaciencia infantil.

—En otro tiempo,—prosiguió ella,—era muy amigo mío, pero hace muchos años que no viene.

Movió él la cabeza vivamente y como si su lengua se soltara poco á poco encontró palabras.

—Lo sé, lo sé... Quiero que venga.

—¿Quiere usted que el señor Lucas venga á verle; desea usted hablarle, abuelo?

—Sí, sí, eso es... que venga en seguida, le hablaré.

Aumentaban la sorpresa y el temor de Susana. ¿Qué podía querer decir á Lucas? Tantas hipótesis penosas veía en aquello, que por un instante quiso eludir aquel deseo, viendo en él sólo una delirante fantasía. Pero estaba él en su cabal razón; la suplicaba con ansia fervorosa, irresistible, agotando las últimas fuerzas. Muy turbada, viendo

allí un caso de conciencia, se preguntaba si no sería culpable negando á un moribundo una entrevista de que podrían salir las cosas amenazadoras y oscuras que la hacían temblar.

—¿No puede usted hablarme á mí, abuelo?

—No, no, al señor Lucas, ¡quiero hablarle al momento, al momento!

—Está bien, abuelo; voy á escribirle y espero que vendrá.

Pero al escribir aquella carta á Lucas, su mano tembló. Sólo fueron dos líneas: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida...» Por dos veces tuvo que detenerse, le faltaba fuerza para llegar al fin de aquellas pocas palabras; de tal modo despertaban en ella recuerdos, toda su vida perdida, la felicidad á cuyo lado había pasado y que ya no conocería jamás. Eran apenas las diez de la mañana; un muchacho llevó la carta á la Crèche.

Estaba Lucas delante de la casa Comunal, terminando su inspección de la mañana, cuando le entregaron la carta; y sin tardar siguió al criado; ¡Pero qué emoción la suya también, qué enternecimiento de todo su corazón ante aquellas simples palabras: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida!» Doce años hacía que los acontecimientos los habían separado, y le escribía ella como si se hubiesen visto la víspera, segura de verle responder á su llamada. Ni un instante había dudado de su amigo, y á él le arrancaba lágrimas verla siempre la misma, fraternal como antaño. Los más terribles dramas habían podido estallar en torno de ellos, todas las pasiones se habían desencadenado, barriendo hombres y cosas, y se volvían á encontrar naturalmente, la mano en la mano, después de tantos años de separación. Cuando con paso rápido se acercaba á la Guerdache, se preguntó por qué le llamaría.

No ignoraba el deseo de Boisgelin de vender el Abismo lo más caro posible; pero él estaba resuelto á no comprarlo. La única solución aceptable era que el Abismo se aso-

ciara á la Crêcherie, como las demás fábricas de menor importancia habían hecho. Se le ocurrió un instante que Boisgelin debía de haber empujado á su mujer á dar aquel paso; pero la conocía, era incapaz de prestarse á tal papel. Y se la figuraba llena de zozobra, necesitándole en alguna circunstancia trágica. No buscó más, ella le diría lo que quería de él.

Susana esperaba á Lucas en un saloncillo, y cuando entró creyó desfallecer; tal era su turbación. También el estaba conmovido, saltándole el corazón. Al principio no pudieron decir una palabra. Se miraban en silencio.

—¡Oh! amigo, amigo mío, —murmuró ella al fin.

Ponía en estas sencillas palabras la emoción de todo lo que había pasado en doce años: su separación y sus raros y mudos encuentros, la vida cruel en su hogar ultrajado y manchado, sobre todo la obra que él había cumplido durante este tiempo y que ella había seguido de lejos con alma entusiasmada. Era un héroe, le rendía culto; hubiera querido arrodillarse, curar sus heridas, ser la compañera que consuela y ayuda. Pero otra había venido; por Josina había sufrido tanto, que ya su corazón de amante estaba muerto, enterrado en este amor que ignoraban todos y que ella no había querido saber si había existido. Y el ver á su dios ante ella removía todas estas cosas secretas y profundas, y loca de ternura lloraba y le temblaban las manos.

—¡Oh! ¡Amigo, amigo; ha venido usted, bastó que le llamara!

Lucas temblando, con igual simpatía, recordaba también todo el pasado. Sabía con cuanta dignidad y heroísmo había luchado contra todos los ultrajes. Permaneciendo en su hogar, defendiendo el honor del nombre, con la cabeza levantada, por su hijo, por ella misma.

Siempre, á pesar de la separación, la había tenido en el alma; había anhelado ir en su socorro. Deseaba probarla

que era el de siempre, y por eso venía. Cuando la emoción le dejó, respondió por fin:

—Sí, su amigo, su amigo que no ha dejado de serlo, que esperaba ser llamado para acudir!

Seguían siendo hermanos; lo sintieron tan profundamente que se abrazaron. Se besaron en las mejillas y como compañeros, como amigos que nada temen de las locuras humanas, seguros de que jamás el uno padecería por causa del otro; de que sólo se infundirían calma y valor. Cuanto la amistad entre un hombre y una mujer puede tener de fuerte y cariñoso, florecía en su sonrisa.

—Si usted supiera, amiga mía, lo que sentí al comprender que por mi causa el Abismo iba á hundirse! ¡Qué fe habrá sido la mía, para no detenerme ante tal pensamiento! A veces me afligía la idea de que usted debía de maldecirme, de que no me perdonaría jamás ser la causa de sus penas.

—¡Maldecirle yo, amigo mío! ¡Pues si era de los suyos; mis votos eran para usted; sus victorias han sido mi única alegría! ¡Era tan grato, en medio de esta gente que es la mía y que le denigraba, guardar mi afecto secreto, comprenderle á usted y quererle en un santuario íntimo ignorado de los demás!

—De todos modos, por mí está usted arruinada. ¿Qué va á ser de usted, acostumbrada desde la infancia á esta vida de lujo?

—¡Oh! arruinada; otros han sido los que me han arruinado, no usted. Y ya verá lo valiente que soy, aunque me crea tan delicada.

—Pero, ¿y Pablo, su hijo?

—¡Pablo! No podía sucederle cosa mejor. Trabajaré. Vea usted lo que el dinero ha hecho de los míos.

Explicó Susana á Lucas por qué le había llamado y le contó las novedades que había respecto al señor Jerónimo. Lucas, también asombrado por aquella resurrección, le dijo que haría cuanto ella quisiera.

—¿Sabe su marido de usted del deseo del señor Jerónimo, y de mi visita?

Le miró ella y se encogió de hombros.

—No, no he pensado en ello; es inútil. Hace mucho tiempo que creo que el abuelo no sabe ni que mi marido existe. No le habla, no le ve... Además, está de caza desde muy temprano y no ha vuelto todavía.

Después, añadió:

—Si quiere usted seguirme...

Cuando entraron en la habitación del señor Jerónimo, éste, incorporado en el vasto lecho de palisandro, apoyada la espalda en almohadas, aún tenía la cabeza vuelta hacia la ventana cuyas cortinas seguían recorridas. No debía de haber apartado los ojos del soberbio parque, del extenso horizonte, con el Abismo y la Crêcherie en la falda de los Montes Bleuses, allá abajo, por encima de los tejados de Beauclair. Era tal espectáculo continua evocación del pasado, del presente y del porvenir durante los largos años que, mudo, tenía este horizonte ante sí.

—Abuelo,—dijo Susana,—le traigo al señor Froment. Aquí está, nos ha hecho el honor de venir en seguida.

Lentamente, volvió el anciano la cabeza, fijó en Lucas sus grandes ojos que parecían más grandes todavía, de una claridad profunda, infinita. Y no dijo nada. Ni una palabra de gracias y de bienvenida. Duró el silencio algunos minutos sin que apartara la mirada de aquel desconocido, el fundador de la Crêcherie, como si quisiera conocerle bien, meterle los ojos de moribundo en lo más hondo del alma.

Susana, algo cortada, añadió:

—Abuelo, ¿no conocía usted al señor Froment? ¿Acaso había reparado en él en sus paseos?

No daba señales de oír; tampoco respondió á su nieta. Pero después de un rato, volvió otra vez la cabeza, buscó con los ojos algo por el cuarto. Y no encontrándolo, acabó por pronunciar una sola palabra, un nombre:

—Boisgelin...

Nuevo asombro de Susana mezclado de inquietud y disgusto.

—¿Pregunta usted por mi marido, abuelo, desea que esté aquí?

—Sí, sí, Boisgelin.

—Pero es que no ha vuelto, creo. Pero en tanto debiera usted decir al señor Froment por qué ha querido verle.

—No, no... Boisgelin.

Era evidente que sólo podía hablar delante de Boisgelin. Fué Susana en busca de su marido. Quedó Lucas cara á cara con el señor Jerónimo, sintiendo sin cesar sobre sí sus miradas de claridad infinita. También él entonces le examinó; vió en él una belleza extraordinaria en la extrema vejez, en su rostro blanco, en sus facciones regulares á las cuales la muerte próxima, ennoblecida por un gran acto, daba una majestad soberana. Mucho esperaron, pero no hubo entre ellos ni una palabra; los ojos sondaban los ojos. En torno, la estancia de espesas colgaduras, sólidos muebles, parecía dormir, sofocada por su pesado lujo. Ni un ruido, ni un soplo, sólo el frío temblor que venía á través de las paredes de los grandes salones cerrados y vacíos, de los pisos enteros abandonados al polvo. Nada más trágico y solemne que aquella espera.

Volvió Susana al fin con Boisgelin que acababa de entrar. No se había quitado todavía guantes, ni polainas, ni la chaqueta de caza, pues no le había dejado ella tiempo de ponerse una americana de casa. Entró inquieto, anhelando saber, pasmado de verse en tal aventura. Su mujer se lo había contado todo y tan graves sucesos imprevistos le trastornaban, y se veía en una extrema turbación, sin haber podido reflexionar algunos minutos.

—Ea,—dijo Susana.—Abuelo, aquí está mi marido. Háble usted si tiene algo que decirnos. Ya le escuchamos.

Pero otra vez volvió el anciano á buscar algo por el cuarto, y no encontrándolo, preguntó:

—Pablo, ¿dónde está Pablo?

—¿También quiere usted que Pablo esté aquí?

—¡Sí, sí, quiero!

—Es que Pablo debe de estar en la Granja. Si se le llama tardará en venir más de un cuarto de hora.

—Es preciso; ¡lo quiero, lo quiero!

Se cedió, salió corriendo un criado. Y la espera fue ahora todavía más solemne y más trágica. Lucas y Boisgelin se habían saludado sin hablarse, después de tantos años. Nadie movió los labios; sólo se oía la respiración algo fuerte del señor Gerónimo. Miraba otra vez á la ventana, al horizonte que mostraba el pasado vencido, el porvenir naciendo. Pasaban los minutos lentos, regulares, con el ansia de lo que iba á venir, el acto de grandeza soberana que se sentía cercano.

Hubo un ruido ligero de pasos; Pablo entró, sano y sonrosado el rostro, azotado por el aire libre.

—Hijo mío,—dijo Susana,—es tu abuelo que nos reune y no quiere hablar sino delante de tí.

En los labios, tanto tiempo rígidos del señor Gerónimo, apareció una sonrisa de una infinita ternura. Llamó á Pablo por señas, le hizo sentarse lo más cerca posible, al borde del lecho. Para él sobre todo quería hablar, para el último de los Qurignon, cuya raza podía reflorar y dar todavía frutos excelentes. Viéndole muy conmovido por aquel último adiós, quiso tranquilizarle con sus ojos de abuelo enternecido para quien la muerte era dulce, pues iba á legar á su biznieto la herencia de su larga vida, un acto de bondad, de paz y de justicia.

Después, por fin, habló entre el silencio religioso de todos. Volviendo la cabeza hacia Boisgelin, repitió primero las únicas palabras que el criado le había oído claramente.

—Hay que devolver, hay que devolver... Y viendo que dudaban, sin comprender lo que quería decir, se volvió á Pablo y dijo con más fuerza:

—Hay que devolver, hijo mío, hay que devolver...

Susana sobrecogida había cambiado una mirada con Lucas, que también temblaba. Mientras Boisgelin, con angustia y miedo, fingía creer que se trataba de alguna divagación del anciano, Susana preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, abuelo, y qué es lo que tenemos que devolver?

La voz del señor Gerónimo se hacía más clara y fácil.

—Todo, hija mía... Allá abajo hay que devolver el Abismo. Aquí hay que devolver la Guerdache. En la Granja hay que devolver las tierras... Hay que devolverlo todo, porque nada debe ser nuestro, porque todo debe ser de todos.

—Pero, abuelo, explíquese usted, ¿á quien hay que devolver?

—Ya lo he dicho, hija mía... A todos. Nada de lo que hemos creído nuestro, lo es. Si estos bienes nos han envenenado, nos han destruido, es que eran de otros... Por nuestro bien, por el de todos, hay que devolver, hay que devolver...

Y hubo una escena de soberana belleza, de grandeza incomparable.

No siempre encontraba las palabras, pero el gesto acababa el pensamiento. Lentamente, en medio del silencio sagrado de todos, consiguió que le entendieran. Todo lo había visto, oído y comprendido; y como Susana había esperado con ansia temblorosa, todo el pasado volvía, toda la verdad del pasado terrible que salía en ola inmensa de aquel testigo tanto tiempo mudo, impassible, emparedado en su prisión de carne. Parecía no haber sobrevivido á tantos desastres y á tanta gente más que para sacar de todo un gran ejemplo. El día del despertar, antes de entrar en la muerte, desenvolvía su largo suplicio de hombre que después de haber creído en su raza, dueña del imperio fundado por él, había durado bastante para ver la raza

y el imperio arrebatados por el viento del porvenir. Y decía el porqué; juzgaba y reparaba.

Fué primero el primer Qurignon, el obrero tirador que creó el Abismo con algunos camaradas, tan pobre como ellos, pero más diestro y económico sin duda. Luego él, el segundo Qurignon, que ganó la fortuna, los millones amontonados, en obstinada lucha, héroe de la voluntad, del constante esfuerzo inteligente; pero si había hecho prodigios de actividad y de genio creador, si había ganado el dinero por comprender admirablemente las condiciones de la producción y de la venta, bien sabía que era porque había llegado á tiempo, á la hora de recoger el fruto preparado por largas generaciones de trabajadores que obraban dentro de él y en él mostraban su fuerza y su triunfo. ¡Cuántos aldeanos sudando sobre la gleba, cuántos obreros gastados por la herramienta habrían sido necesarios para llegar á estos dos primeros Qurignon conquistadores de la fortuna! En ellos se había juntado el rudo anhelo de luchar, de enriquecerse, de subir en la escala social, la emancipación lenta del miserable, encorvado por su faena, en la servidumbre. ¡Al fin llegaba un Qurignon bastante fuerte para vencer, para escapar del calabozo, adquirir la riqueza tan deseada y ser rico, un señor á su vez! Y en seguida, en dos generaciones, la descendencia peligraba, volvía á caer en las luchas dolorosas, debilitada ya por los goces devorados por ellos como por una llama!

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Venia luego la historia de su hijo Miguel, el mentecato roto suicida; detrás Felipe muerto en duelo, Laura la infeliz fecunda, la mística muerta en el convento. Detrás los dos nietos, Andrés raquítico, medio loco, muerto en un hospital; Gustavo aplastado en Italia, robando antes á su padre el sueldo, el amor, la querida y el dinero. Y en fin, venía su nieta Susana, la cariñosa, la juiciosa, tan querida, cuyo matrimonio con Boisgelin consumaba la ruina. Cenizas era el Abismo ante

caliente, vengador de locuras y mancillas. La Guerdache, donde esperaba ver pulular á su raza, era un desierto en torno con sus salones vacíos, su triste Parque á través del cual sólo pasaba el pálido fantasma de la envenenadora, de la corruptora, de Fernanda. Y en tanto que los suyos acababan así, había visto levantarse enfrente una obra nueva la Crécherie ahora tan floreciente, llena de vida por el porvenir que traía consigo. Sabía todo esto porque lo habían visto sus ojos claros, en sus continuos paseos, en horas de muda contemplación delante del Abismo, al sentir los trabajadores, delante de la Crécherie, cuyos antiguos obreros, desertores de su casa, le saludaban; delante del Abismo, otra vez, en la mañana en que de esta casa tan querida sólo quedaban humeantes escombros.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Esta exclamación que sin cesar lanzaba en el flujo de lentas palabras, cada vez con más energía, era la consecuencia de los hechos desastrosos que tanto le habían hecho sufrir. Si todo se había hundido era porque la fortuna, hecha con el trabajo ajeno, se envenena á sí propia y á todos. El placer que procura es fermento destructor, envilece la raza, desorganiza la familia, trae dramas abominables. La culpa de los Qurignon trabajadores había estado en creer que podían, por su propio bien, apoderarse de la riqueza creada por los brazos de los compañeros. La riqueza al fin, era el castigo. Nada más inmoral que poner por ejemplo al obrero enriquecido convertido en patrono, dueño soberano de miles de hombres encorvados por el trabajo, sudando el dinero con que él triunfa. Cuando se dice: «con orden y con inteligencia ya veis que un simple herrero puede llegar á todo», no se hace más que empujar la iniquidad, agravar el desequilibrio social. La dicha elegida está hecha con la desdicha de los demás. Un camarada que sube y se hace amo, cierra el camino á miles de camaradas, vive en adelante de su miseria. Y

muchas veces su misma fortuna desproporcionada, presurosa, le mata. La única verdad era volver al trabajo salvador, al trabajo de todos ganando cada cual la vida, no debiendo la alegría más que á su inteligencia y á sus brazos.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Hay que devolver, porque se muere de robar. Hay que devolver porque es la única manera de sanar. Por justicia, por interés personal, porque el bien de cada cual está en el bien de todos. Hay que devolver para sentirse bien, para tener una vida sana y feliz en medio de la paz universal. Hay que devolver, pues, si todos los conquistadores injustos detentadores de la fortuna pública devolviesen mañana lo que derrochan para sus placeres egoístas, los grandes señorios, las grandes explotaciones, las fábricas, los caminos, las ciudades, vendría la paz en seguida con el amor y la abundancia, sin que quedara un solo miserable. Hay que devolver, hay que dar ejemplo para que aprendan los ricos. Hay que devolver cuando es tiempo todavía, cuando hay cierta grandeza en volver con los compañeros confiándose engañado, tornando á su puesto para el esfuerzo común, esperando la hora de la justicia. Hay que devolver, y así se muere con la conciencia limpia, alegre el corazón, dejando una enseñanza reparadora al último retoño de la raza para que vuelva á levantarla, la salve del error y la haga durar, en la fuerza, en la alegría, en la belleza.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Lloraba Susana viendo á su hijo exaltado con las palmas del abuelo, mientras Boisgelin mostraba sorda irritación con movimientos de impaciencia.

—Pero abuelo—preguntó la nieta—¿á quién y cómo quiere usted que se restituya?

El anciano volvió á Lucas sus ojos llenos de luz.

—Si he querido que el fundador de la Créchérie es

viese aquí, fué para que me oyese y os ayudase hijos míos... Ya ha trabajado mucho en la obra de reparación, y él solo puede intervenir en esto y devolver lo que queda de nuestra fortuna á los compañeros, á los hijos, á los nietos de los compañeros de antaño.

Lucas, también ahogado de emoción, estaba sin embargo perplejo comprendiendo la hostilidad de Boisgelin.

—Yo no puedo,—dijo,—hacer más que una cosa. Esta, sencillamente: Si los propietarios del Abismo quieren, admitirlos en nuestra asociación de la Créchérie. Como han venido ya otras fábricas puede el Abismo aumentar nuestra familia de obreros dando de pronto importancia doble á nuestra naciente ciudad. Y si por devolver entiende usted esta vuelta á mayor justicia, camino de la justicia total, yo puedo ayudarle y lo haré con todo mi corazón.

—Lo sé—respondió lentamente el señor Jerónimo,—y no pido más.

Pero Boisgelin, no pudiendo contenerse más tiempo, protestó.

—¡Ah! no, no es eso lo que yo quiero. Aunque con gran pena, estoy dispuesto á ceder el Abismo á la Créchérie. Se discutirá el precio; aparte de la suma fijada pediré cierta participación en el negocio que se discutirá también... Necesito dinero, quiero vender.

Era el plan que maduraba hacia varios días creyendo que Lucas deseaba vivamente los terrenos del Abismo, y que sacaría de él una suma considerable inmediatamente á más de reservarse rentas para el porvenir. Pero el plan vino á tierra, cuando Lucas declaró con voz clara que anunciaba una voluntad irrevocable:

—Nos es imposible comprar. Eso es contrario al espíritu que nos dirige. No somos más que una asociación, una familia abierta á todos los hermanos que quieran unirse.

El señor Jerónimo que miraba á Boisgelin con fijeza, dijo con tranquilidad soberana:

—Soy yo quien quiere y quien ordena. Mi nieta Susana, aquí presente, coopropietaria del Abismo se negará formalmente á todo arreglo que contrarie mi voluntad. Y estoy seguro que sólo sentirá, como yo, no poder devolver lo todo y seguir cobrando los intereses de su capital, de que dispondrá como decida su corazón.

Boisgelin callaba, se sometía por la debilidad que le causaba su ruina. El anciano continuó:

—No es eso todo; quedan la Guerdache y la Granja. Hay que devolver, hay que devolver.

Entonces, agotadas las fuerzas, con palabra ya difícil, acabó de decir su voluntad. Como el Abismo iba á fundirse con la Crecherie, quería que la Granja entrase en la asociación de Combettes. De una vez aquel dominio iría á ensanchar los vastos campos comunes de Lenfant, de Yvonnot y los demás aldeanos reconciliados. Sólo habría una tierra, una madre única, amada, cultivada por todos sustentándolos á todos. La llanura entera de la Rumañ llegaría á ser el granero abundante de Beauclair regenerado. En cuanto á la Guerdache, pues era en totalidad de Susana, se encargaría ésta de entregarla á los pobres, á los que padecían, para no conservar nada de los bienes emponzoñados que tenían á los Qurignon agonizando. Y volviéndose á Pablo que seguía sentado junto á él, mirándole con ojos que ya empezaban á apagarse, cogiéndole las manos, dijo aun con voz más baja:

—Hay que devolver, hay que devolver... No guardes nada; darás este parque á los antiguos compañeros, para que sea su recreo en los días de fiesta, y para que sus mujeres y sus hijos se paseen, y gocen horas de alegría y salud bajo los árboles hermosos. Darás también la casa de esta morada inmensa, que no hemos sabido llenar, á pesar de nuestro dinero, y quiero que sea para las mujeres, para los hijos de los obreros pobres. Se les acogerá, se les cuidará, cuando estén enfermos ó simplemente cansados. No guardes nada, dalo todo, dalo todo, hijo mío, si

quieres librar del veneno. Y trabaja, vive sólo de tu trabajo, busca la hija de un antiguo compañero que trabaje todavía, hazla tu esposa, ten de ella hijos hermosos que trabajarán, que serán justos y felices, que tendrán otros hijos hermosos, para el eterno trabajo futuro... No guardes nada, hijo mío, devuélvelo todo, es la única salvación, la paz y la alegría.

Todos lloraban; jamás sobre almas humanas había pasado un soplo más bello, más grande, más heroico. Por él, la estancia tenía ahora algo de augusta. Y los ojos del anciano que la había llenado de claridad, seguían apagándose poco á poco, mientras también su voz se hacía más opaca, volvía al eterno silencio. Había cumplido su obra sublime de reparación, de verdad y de justicia, ayudando á la felicidad que es el derecho primordial de los hombres. Y murió por la tarde.

Cuando Susana acompañó á Lucas, al salir de la habitación del señor Jerónimo se encontraron solos un instante, en el saloncillo. Estaban tan fuera de sí, trastornados por la emoción, que toda el alma les salió á los labios.

—Cuente usted conmigo—dijo él,—yo le juro que he de velar porque se cumpla la voluntad suprema de que es usted depositaria. Desde ahora mismo voy á ocuparme en ello.

Le había cogido ella las manos.

—¡Oh! amigo mío, en usted pongo mi fe... Sé qué milagros de bondad ha realizado usted ya, y espero el prodigio de que nos reconcilie á todos... No hay más que el amor. ¡Ah, si yo hubiera sido amada, como yo amaba!

La veía temblar, entregándole el secreto tanto tiempo ignorado de ella misma y que se le escapaba en aquel instante solemne.

—¡Amigo mío, amigo mío! que fuerzas hubiera tenido para el bien, cuanto hubiera podido ayudar, yendo del brazo de un justo, de un héroe, del que hubiera hecho milagros! Pero, irrevocablemente, es muy tarde; de todas suer-

tes ¿quiere usted tenerme por amiga, por hermana, que podrá servirle de algo?

Comprendió él; era el caso tan dulce, tan triste de Sceurette, que se repetía. Le había amado sin decirlo, hasta sin confesárselo á sí misma, cual mujer honrada ávida de ternura, poniendo en él su sueño de amor dichoso, el consuelo de las crueldades de su matrimonio. El mismo, ¿no la había amado en los lejanos días en que la encontraba en casa de los pobres, donde se habían conocido? Era todo deliciosamente discreto, un amor de ensueño, con que hubiera temido ofenderla, y que guardaba en su corazón, como las flores de un recuerdo encontradas entre dos páginas. Y ahora que Josina era la elegida, ahora que estas cosas estaban muertas, sin resurrección posible, se daba ella como Sceurette, compañera fraternal, simple amiga abnegada, deseosa de participar de su misión, de su empresa.

—¡Sí, la necesito!—exclamó él con lágrimas;—¡ah si nunca hay bastante cariño, bastante buena voluntad, ternura y actividad! La tarea es tan grandel En ella podrá usted gastar todo el corazón que quiera... Venga usted con nosotros, amiga mía, ya nunca me dejará, será parte de mi pensamiento y de mi amor.

Arrebatada, loca, se arrojó ella en sus brazos, se besaron. Se ataba un lazo indisoluble, un matrimonio de sentimiento, de una pureza exquisita, en que solo quedaba la común pasión por los pobres y afligidos, el deseo instigable de exterminar la miseria del mundo. Tenía una esposa adorada, fecunda, que le daba los hijos de su carne, é iba á tener dos amigas, dos compañeras con delicadas manos de mujer que le ayudarían en las obras de su espíritu.

Pasaron meses, la liquidación de los asuntos embrollados del Abismo fué muy laboriosa. Había la deuda de seiscientos mil francos de que había que librarse ante todo. Hubo arreglos; los acreedores aceptaron ser reembolsados por anualidades con los beneficios que realizaran las

acciones del Abismo, cuando entrase en la asociación de la Crèche. Hubo que evaluar la suma que representaba el material y la maquinaria salvada del incendio. Esto, con más, extensos terrenos, á lo largo del Mionna, hasta el viejo Beauclair, fué lo que aportaron los Boisgelin; y se les aseguró una renta modesta que se sacaría de los beneficios antes de repartirlos entre los acreedores. El deseo de Jerónimo Qurignon solo se cumplía así á medias, en este periodo de transición en que el capital aun contribuía con el mismo título que el trabajo y la inteligencia, hasta que desapareciese, ante la victoria del trabajo único y soberano. Pero á lo menos, la Guerdache y la Granja pudieron volver por completo á la comunidad, fueron devueltas totalmente á los herederos de los trabajadores que las habían pagado algún día con su sudor. Incorporadas las tierras de la Granja á la asociación de Combettes, realizando así la idea secreta de Feuillat, prosperaron, dieron grandes ganancias, y todo este dinero se empleó en hacer de la Guerdache una casa de convalecencia para los niños débiles y las recién paridas. Se fundaron camas, hubo pensiones gratuitas, y el parque siempre florido pertenecía ahora á los humildes de este mundo; jardín inmenso, paraíso, recreo de los niños, salud de las madres, palacio de placer del pueblo con que la Naturaleza convidaba á todos.

Pasaron años. Lucas había cedido á los Boisgelin una de las casitas de la Crèche á poca distancia del pabellón que él seguía ocupando. Los primeros tiempos de esta existencia mediocre fueron muy duros para Boisgelin que no se resignó sin violentas rebeldías. Un momento, quiso volverse á París, vivir allí á su antojo, al azar. Pero su ociosidad nativa, el no poder ganarse la vida, le hacían débil como un niño y le entregaban en manos de cualquiera. Después de los desastres, Susana, tan juiciosa, tan suave pero tan firme, tenía sobre él una autoridad absoluta. Llegó la pereza á pesarle de tal modo, en aquel mundo



activo, que quiso una ocupación. Se cansaba de no hacer nada, aburrido, avergonzado, no pudiendo ya emplearse en malgastar una fortuna. Aun, en invierno, cazaba; pero el buen tiempo, fuera de algunos paseos á caballo, era el tedio abrumador. Aceptó, pues, una inspección en los Almacenes Generales que le ofreció Lucas, por indicación de Susana. Eran tres horas de ocupación al día. Recobró un tanto la salud perdida, pero seguía inquieto, aburrido, desorientado, como si hubiera caído en otro planeta.

Y pasaron más años. Susana ya era la amiga, la hermana de Josina y de Scurette, compañera de sus faenas. Las tres rodeaban á Lucas, le sostenían, le completaban, eran como su bondad, su ternura, su amabilidad. Las llamaba, sonriendo, sus tres virtudes. Trabajaban junto á las cunas de los asilos, en las escuelas, en las enfermerías, en las casas de convalecencia; iban doquiera había que aliviar algún dolor ó hacer nacer alguna alegría. Scurette y Susana, sobre todo, aceptaban, ambicionaban los más ingratos trabajos, los que exigen abnegación personal, completo renunciamiento; Josina era de sus hijos, de su hogar y algo menos de los otros. Mas era la enamorada, la flor de belleza y de deseo, mientras Scurette y Susana no eran más que las amigas, el consuelo, el consejo. Grandes amarguras pasó Lucas todavía, á veces; y al dejar los brazos de la esposa, solía buscar á las amigas á quien oía, á quien encargaba de curar las heridas; por la mujer y para la mujer, la nueva ciudad había de ser fundada.

Habían pasado ocho años ya, cuando Pablo Boisgelin, que cumplía veinte y siete, se casó con la hija mayor del obrero Bonnaire, la cual tenía veinticuatro. Pablo desde que se habían juntado las tierras de la Guerdache con las de Combettes, se había apasionado, no por la ganancia, sino por la fertilidad de los anchurosos campos. Había conocido á Antonieta en casa de Susana, su madre, vecina de los Bonnaire. Estrecha amistad enlazó á la humilde familia de obreros con la antigua heredera de los Qurig-

non; y aunque la señora Bonnaire, la terrible Pelos, seguía siendo poco tratable, bastó la sencilla nobleza del marido, el heros del trabajo, para hacer las relaciones íntimas. Antonieta parecida á su padre, fuerte y gallarda morena, con mucha gracia, había asistido á las escuelas de Scurette y la ayudaba ahora en la gran lechería instalada al extremo del parque en la falda de los Montes Bleuses. Decía ella que no era más que una vaquera hábil para hacer quesos y manteca. Cuando la boda, hubo gran fiesta, se celebraron estas nupcias simbólicas, porque representaban la reconciliación del capital arrepentido y del trabajo triunfante.

Al año siguiente, cuando Antonieta dió á luz, los Boisgelin, acompañados de Lucas, estaban cierta tarde tibia de Junio reunidos en la Guerdache. Cerca de diez años hacía que había muerto el señor Jerónimo, y que según su voluntad el dominio había vuelto al pueblo. Antonieta, cuyo parto había sido difícil, estaba hacía dos meses de pensionista en la casa de convalecencia instalada en el antiguo palacio de los Qurignon. Pudo pasear por las umbrías del parque, del brazo de su marido, mientras Susana, como buena abuela, llevaba al recién nacido. Detrás, á algunos pasos, iban Lucas y Boisgelin. Y que recuerdos brotaban de aquella regia mansión transformada en casa de fraternidad, de aquellos prados y arboledas donde ya no resonaban el ruido de las fiestas dispendiosas, el galope de los caballos, los ladridos de los perros, pero donde los humildes de este mundo gozaban al fin de la salud al aire libre de la apacible sombra de los grandes árboles! Todo el lujo era suyo; dentro las claras alcobas, los salones agradables, las abundantes cocinas; fuera, las calles de árboles sombrías, las fuentes cristalinas, los encañados de flores embalsamadas y de cespéd. Y daba gloria ver á niños, jóvenes y madres llamados de pronto á esta alegría, á este lujo de ser dichosos, despues de haber sufrido, siglos y siglos encerrados en cubiles sin sol, entre inmunda miseria,

sin poder más que mirar de lejos toda aquella ventura. Al llegar á una charca, la pareja, seguida de los padres, al final de una fila de sauces, Lucas rió suavemente.

—¡Oh, amigos míos, si vierais que recuerdo! ¿Lo dudáis? A orillas de estas aguas tan tranquilas se hicieron novios Pablo y Antonieta hace veinte años.

Recordó la escena deliciosa que allí había visto cuando su primera visita á la Guerdache: la invasión popular de los tres pobres pilluelos, Nanet guiando á Luciano y Antonieta Bonnaire, atravesando un seto, para jugar junto á la charca; la invención ingeniosa de Luciano, el barco que navegaba solo; y la llegada de los tres niños burgueses, Pablo Boisgelin, Nisa Delaveau, Luisa Mazelle. Pronto habían fraternizado formando parejas, ya novios, Pablo y Antonieta, Nisa y Nanet, Luisa y Luciano, y la naturaleza complice.

—¿No os acordáis?

El matrimonio, que reía con él, confesó que el recuerdo era un poco lejano.

—Si yo tenía cuatro años—dijo Antonieta—mi memoria no debía de ser muy firme.

Pero Pablo hacía un esfuerzo, muy atento al pasado.

—Yo tenía siete... ¡Esperad! Me parece que vuelvo á ver sombras vagas, el barco que recogíamos con una vara larga; una niña que por poco cae al agua; y luego los pilletes que echan á correr al ver gente.

—¡Eso es! ¡Eso es!—exclamó Lucas.—¡Sí, se acuerda usted!... Y yo recuerdo que aquel día tuve el escalofrío de la esperanza en el porvenir, pues había allí algo de la reconciliación futura. La divina infancia ya trabajaba por la paz y la justicia... Y aquí tenéis; lo que vosotros vais á hacer por la nueva dicha, este caballero está encargado de ampliarlo todavía.

Y señalaba al recién nacido, á Ludovico en brazos de Susana tan contenta con ser abuela, y dijo ésta:

—Por lo pronto ya es muy juicioso porque duerme...

Mas adelante, querido Lucas, le casaremos con una nieta de usted, y así será la reconciliación completa; todos los combatientes de ayer unidos y aplacados en su descendencia; ¿quiere usted? Desde hoy quedan celebrados los espasales.

—¡Vaya si quiero! Nuestros biznietos activarán nuestra obra, cogidos de la mano.

Pablo y Antonieta conmovidos se habían abrazado, mientras Boisgelin, que no atendía, contemplaba el parque, su antiguo señorío, con aire triste en que ni amargura había; tanto mundo nuevo le trastornaba, le hacía imbecil. Y continuó por las umbrías el plácido paseo.

Pero el porvenir se iba realizando un poco más cada día. Al volver á la Guerdache se detuvieron un momento, ante la fachada, á la izquierda de la escalinata bajo las ventanas de la estancia en que el señor Jerónimo había muerto. Desde allí, entre las copas de los grandes árboles se distinguían á lo lejos los tejados de Beauclair, después la Crécherie y el Abismo. En silencio, contemplaron el ancho horizonte. Se veía destacarse el Abismo reconstruido por el modelo de la Crécherie, formando con ella una misma Ciudad de trabajo reorganizado, ennoblecido, que era ya orgullo, salud, alegría. Cada mañana nacían más amor y justicia. Y la ola de las casitas risueñas entre el verdor, aquella ola que Delaveau alarmado había visto avanzar siempre, acababa de invadir los antiguos terrenos negros, ensanchando sin parar la ciudad futura. Ahora llenaban todo el espacio desde la falda de los Montes Bleuses hasta el Mionna; pronto iban á saltar la estrecha corriente, para barrer al viejo Beauclair, el montón sórdido de casuchas de servidumbre y agonía. Y seguirían avanzando más y más, construyendo piedra á piedra, bajo el sol fraternal, hasta los campos fértiles de la Rumaña, la ciudad al fin libre, justa y feliz.